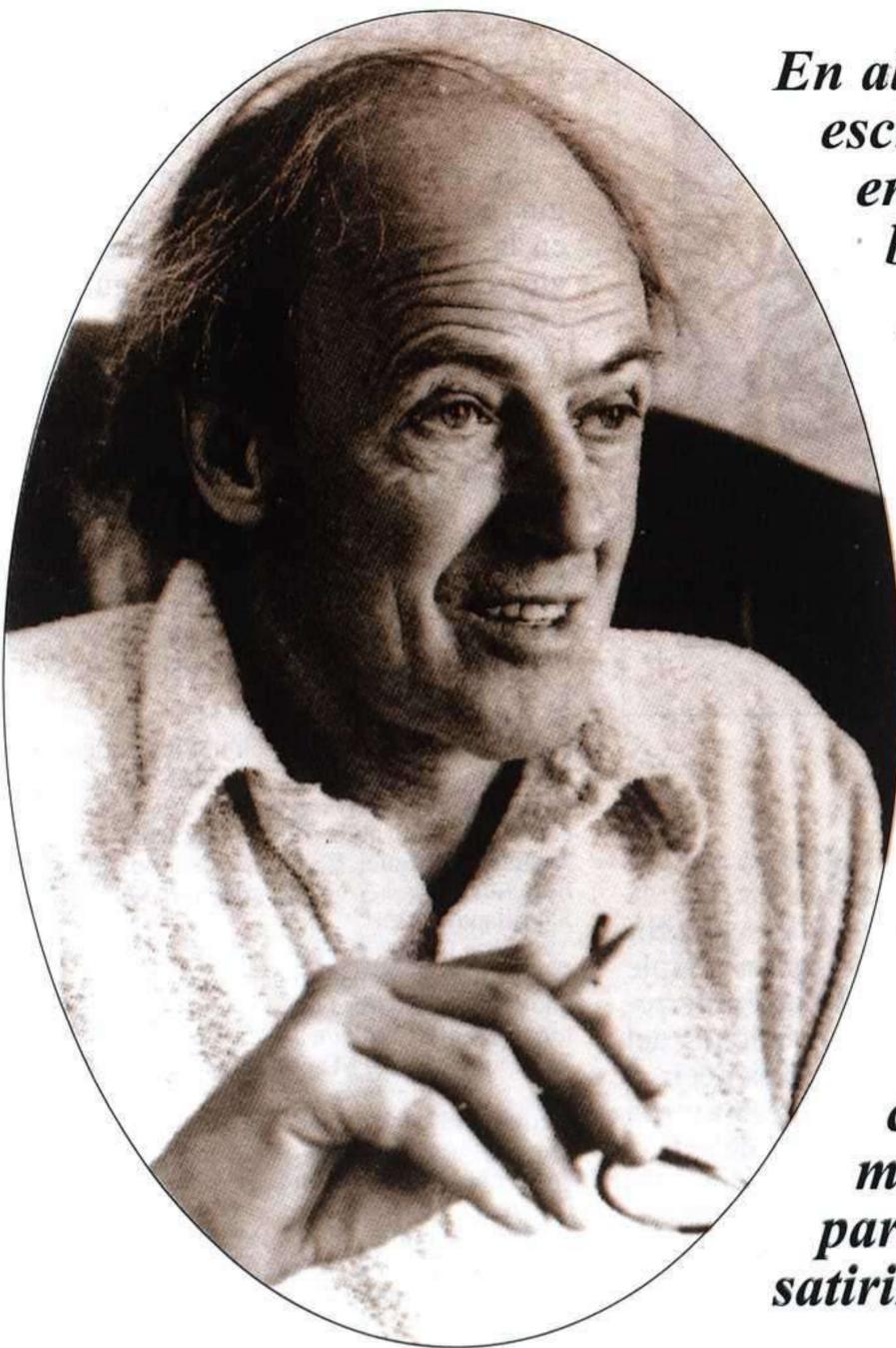


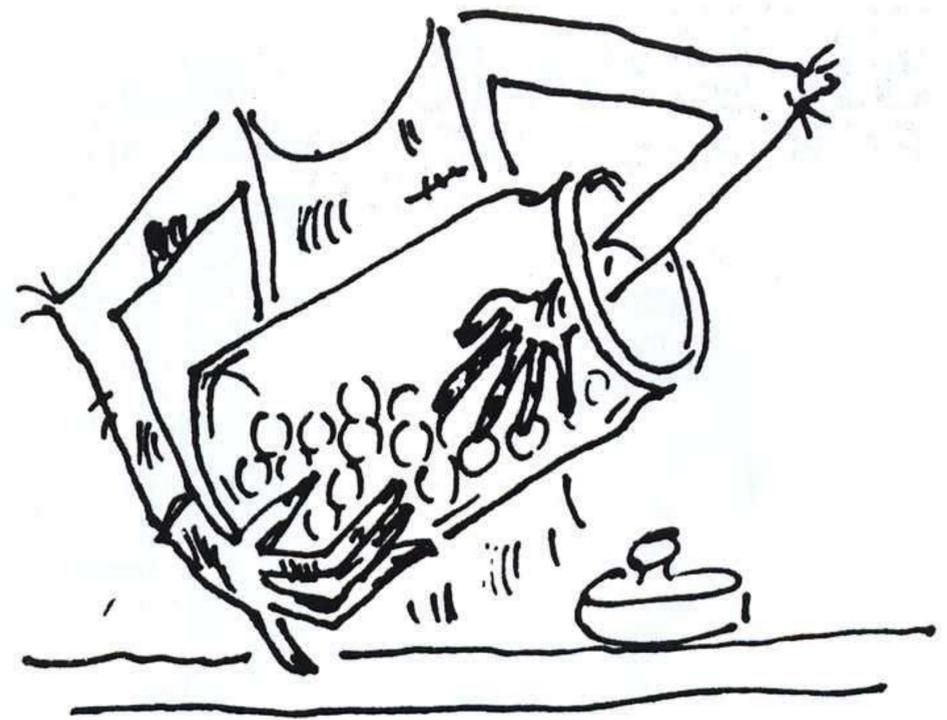
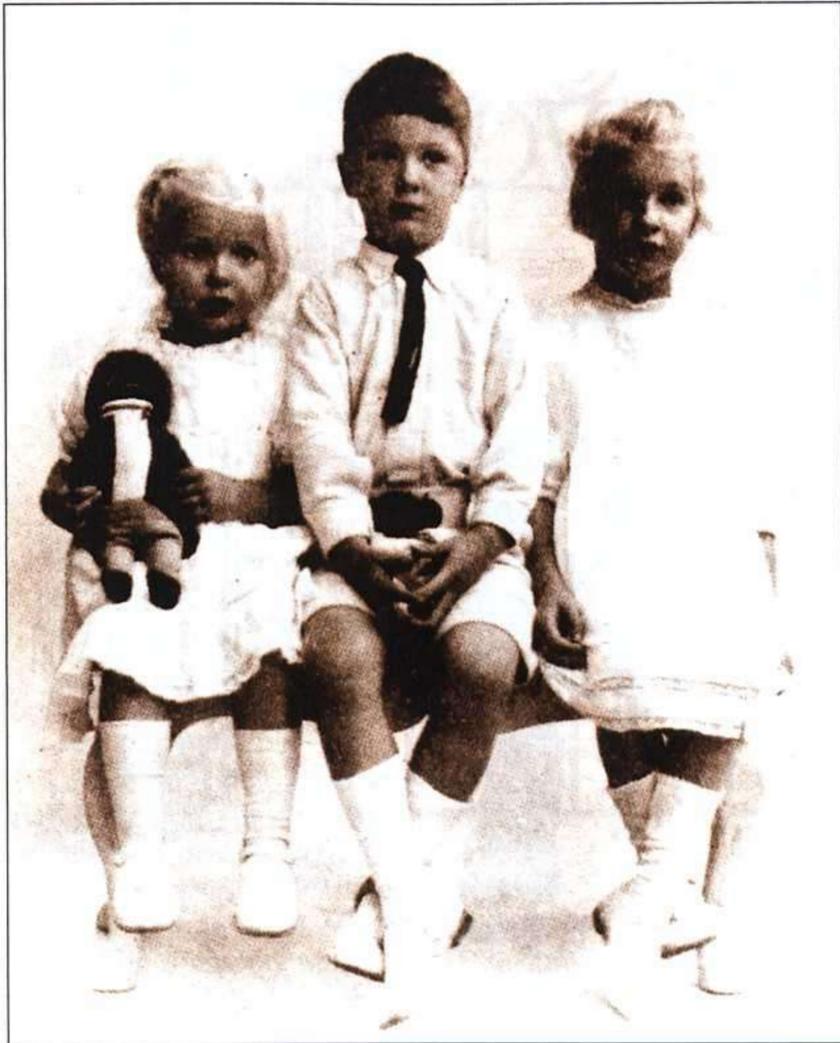
ESTUDIO

# Realidad y ficción en los relatos de Roald Dahl

**Blasina Cantizano Márquez\***



*En algunas de las obras que Roald Dahl escribió para niños y jóvenes encontramos detalles de su propia biografía, sobre todo de su infancia feliz, vivencias de una niñez que quedan plasmadas en sus cuentos, una veces fielmente, otras exageradas de forma fantástica. La autora del artículo ha rastreado en dos obras del autor —Las brujas y Charlie y la fábrica de chocolate— en busca de esos retazos de su propia vida reciclados en la ficción. El punto de partida del estudio es Boy (relatos de infancia), no una autobiografía, sino un libro en el que Dahl evoca algunas de las cosas que le sucedieron en sus años mozos, y que luego le inspirarían ideas para sus relatos en los que tan bien satiriza los hechos cotidianos.*



QUENTIN BLAKE, BOY, ALFAGUARA, 1991.

Roald Dahl, a los 7 años, con dos de sus hermanas, Else y Alphild. La familia Dahl era de origen noruego y allí pasaban los veranos.

**E**n el preámbulo de *Boy (Relatos de infancia)* (1984), su autobiografía de juventud, nos cuenta las vivencias de su infancia que mejor ha sido capaz de recordar, pero Roald Dahl nos advierte que:

«Una autobiografía es un libro que escribe una persona sobre su propia vida y por lo general está lleno de tediosos pormenores de todas clases.

Esto no es una autobiografía. Yo nunca escribiría una historia de mí mismo. Por otra parte, durante mis días mozos en la escuela y nada más salir de ella me sucedieron unas cuantas cosas que jamás he olvidado.

Algunas son divertidas. Otras son lastimosas. Las hay desagradables. Supongo que a ello se debe el haberlas evocado siempre tan a lo vivo. Todas son verdad.»

Así pues, través de *Boy* conocemos las primeras vivencias de un niño que describe a su familia y su entorno desde un punto de vista ingenuo e inocente, pers-

pectiva que crece y evoluciona durante la adolescencia y juventud del autor hasta que éste alcanza la edad adulta, etapa de su vida que cubre la biografía de madurez *Volando solo (Going Solo)*, 1980).

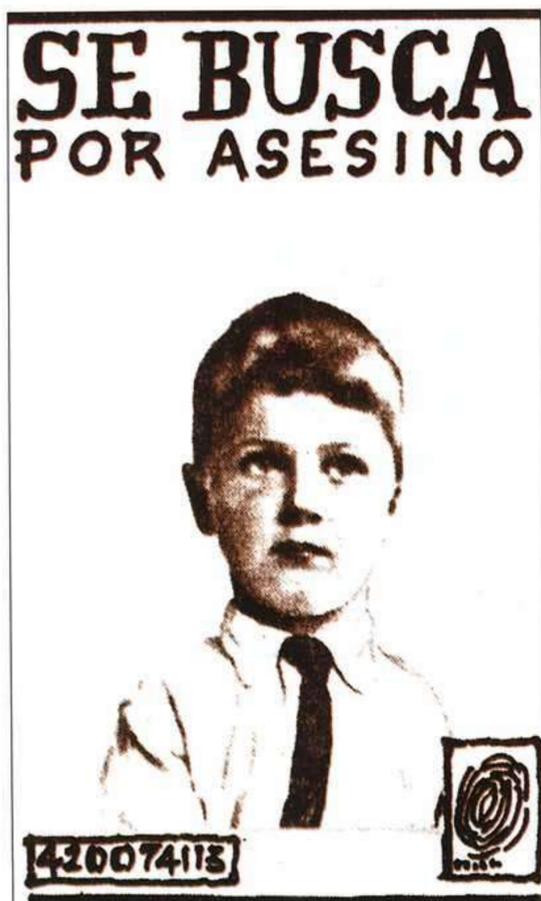
### La propia infancia como materia prima

En la primera de estas obras encontramos detalles biográficos significativos sobre las circunstancias familiares y personales de un niño travieso y ávido de aventuras que posteriormente habría de convertirse en uno de los escritores más imaginativos e inteligentes de la literatura británica actual. Leyendo sus relatos infantiles, apreciamos que muchas de estas vivencias de la niñez quedan plasmadas en sus cuentos, unas veces fielmente; otras, exageradas de forma fantástica, característica esencial de la literatura

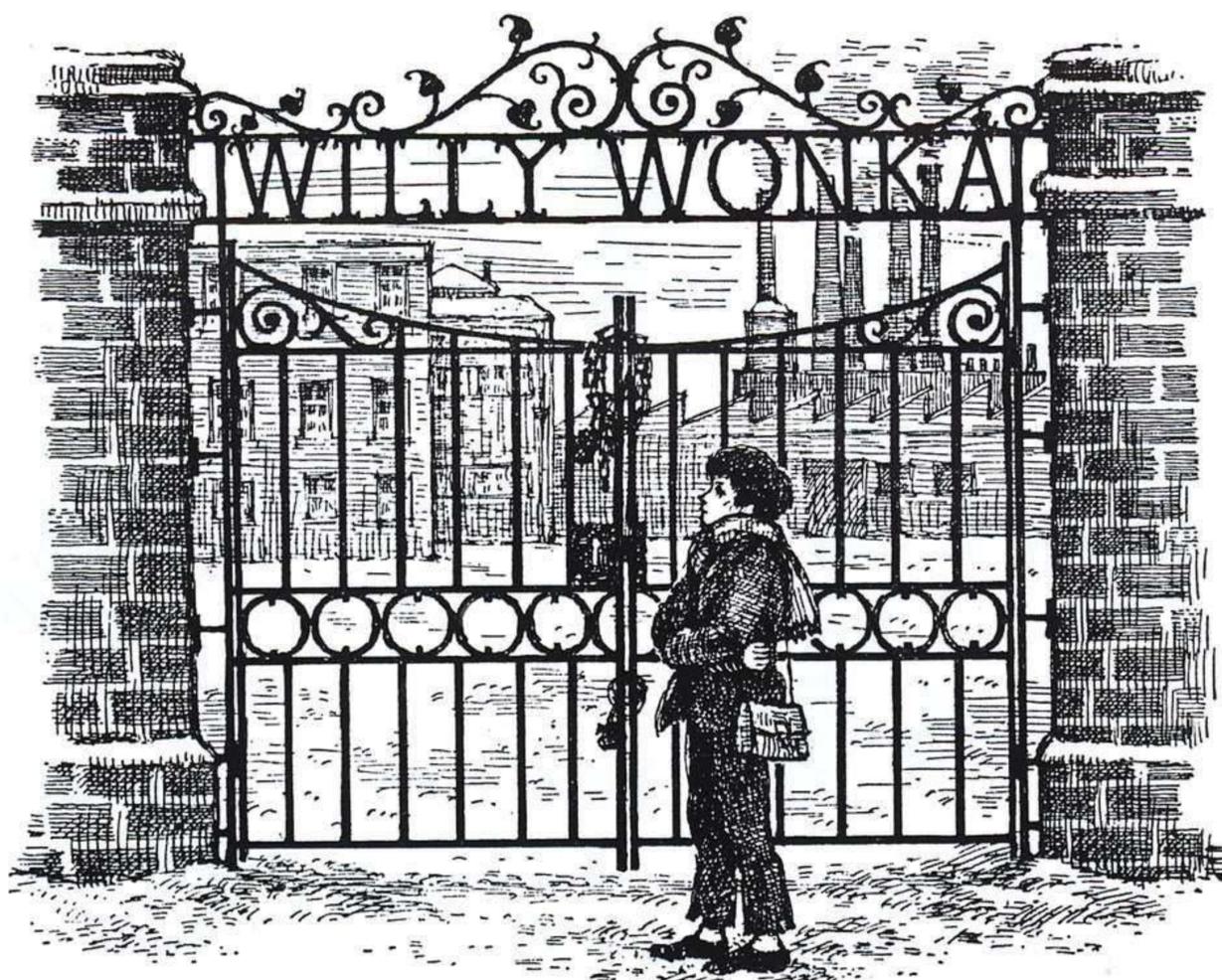
dahliana, en la que se combinan «... dosis de misterio, terror y sorpresa salpicadas de ternura y complicidad. Fantasía y realismo. Humor y sátira»<sup>1</sup>.

Muchas de sus experiencias juveniles las encontramos en *Charlie y la fábrica de chocolate (Charlie and the Chocolate Factory)*, 1964), aunque sin duda es *Las brujas (The Witches)*, 1983) el cuento infantil que reproduce un mayor número de anécdotas vividas por el autor. En ambos, como en otros muchos de sus relatos, tanto infantiles como para adultos, Dahl «satiriza hechos cotidianos mezclándolos con la fantasía, exagerándolos hasta llegar a crear situaciones absurdas»<sup>2</sup>; y es precisamente en esta mezcla en lo que nos vamos a centrar con el fin de descubrir las similitudes y paralelismos que hay entre las experiencias descritas por el autor en su autobiografía *Boy* y las aventuras que viven los protagonistas de los cuentos mencionados, mostrando así que las vivencias de aquel Dahl-niño se convierten posteriormente en la materia prima con que el autor adulto construye algunas de sus más notables creaciones.

En *Boy*, Dahl comienza a describir a su peculiar familia, noruega de origen pero inglesa de adopción, formada por sus padres, Harald y Sofie Magdalene Dahl, sus tres hermanos y sus dos medio hermanos, nacidos de un primer matri-



Con una de sus travesuras, el pequeño Dahl creyó haber provocado una muerte.



FAITH JACQUES, CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE, ALFAGUARA, 2002.

monio de su padre. Hace referencia también a sus abuelos, a su vida en Inglaterra y a Noruega, patria de sus padres y lugar idílico en el que pasa las vacaciones de su infancia y juventud. De esta forma habla de sus sentimientos hacia el país de sus padres:

«Todas mis vacaciones de verano, desde que tenía cuatro años hasta que tuve diecisiete (de 1920 a 1932), fueron enteramente idílicas. Y ello, estoy seguro, porque siempre íbamos al mismo lugar idílico y este lugar era Noruega.

Con excepción de mi crecida hermanastra mayor y de mi no tan crecido hermanastro, los demás éramos todos de pura sangre noruega. Todos hablábamos noruego y todos nuestros parientes vivían en Noruega. De modo que el ir a Noruega por el verano era como ir a casa.»

En el siguiente fragmento, junto con el contraste de datos familiares apreciamos también uno de los recursos más efectivos y recurrentes en la literatura infantil de Dahl, la existencia de un narrador-niño más próximo al lector infantil que al mundo adulto al que su autor pertenece. De hecho, este punto de vista particular es una de las razones del éxi-

to internacional de *Las brujas*, ya que «... el punto de vista preciso desde la mentalidad y la percepción de un niño y la simplicidad y efectismo visual de la misma historia sitúan a esta peculiar creación a medio camino entre la narración fantástica y el cómic hilarante».<sup>3</sup>

Como se puede comprobar, los anteriores datos biográficos del autor tomados de *Boy* se corresponden con los del protagonista de *Las brujas*. Al igual que Dahl, la familia de este personaje es de origen noruego pero vive en Inglaterra debido a los negocios del padre, pero también acuden a Noruega dos veces al año a pasar las vacaciones de verano y Navidad:

«Mi padre y mi madre eran también noruegos, pero como mi padre tenía un negocio en Inglaterra, yo había nacido y vivido allí, y había empezado a ir a un colegio inglés. Dos veces al año, en Navidad y en el verano, volvíamos a Noruega para visitar a mi abuela.»

Leyendo las primeras páginas de *Boy* nada parece presagiar las pérdidas que en poco tiempo sufrirá la familia, ya

que con pocas semanas de diferencia mueren su hermana Astri, de apendicitis y su padre, de neumonía. El pequeño Roald queda huérfano de padre a la edad de 3 años. El autor adulto que escribe sobre su infancia recoge el dolor y decaimiento que sintió su padre ante la pérdida de su hija favorita, y más que la neumonía ésta fue la razón principal de su muerte, según el propio Dahl:

«En 1920, cuando no tenía yo más que tres años, la hija mayor de mi madre, mi hermana Astri, murió de apendicitis. [...]

Astri era con mucho la predilecta de mi padre. La adoraba más allá de toda medida, y su muerte inopinada le dejó literalmente sin habla durante días y días. Tan abrumado estaba por la pena que cuando él mismo cayó con pulmonía al cabo de aproximadamente un mes no parecía importarle gran cosa vivir o morir. [...]

Mi padre se negó a luchar. Pensaba, estoy seguro, en su hija querida, y deseaba reunirse con ella en el cielo. Así que se murió. Tenía cincuenta y siete años.»

Tras el fallecimiento del cabeza de familia, la joven madre noruega se queda sola, embarazada y a cargo de cinco hijos en un país extranjero. Las circunstancias

no eran nada favorables, pero el valor y la resolución de esta mujer permiten que la vida de sus hijos no se vea alterada por la fatalidad y que la familia continúe haciendo su vida en Inglaterra, tal y como ella y su marido habían dispuesto desde un principio. Así lo describe Dahl:

«Allá se había quedado, joven noruega en un país extranjero, obligada de pronto a enfrentarse completamente sola con los más graves problemas y responsabilidades. Tenía cinco hijos que atender, tres de ellos propios y dos de la primera esposa de su marido, y para complicar aún más las cosas esperaba otra criatura que había de nacer dentro de dos meses. Una mujer menos animosa es casi seguro que habría vendido la casa, habría hecho sus maletas y se habría vuelto derecha a Noruega con los niños. Allá en su tierra tenía a su madre y a su padre deseosos de ayudarla, así como a sus dos hermanas solteras. Pero se negó a aceptar a adoptar esta salida fácil.»

La razón principal de la permanencia de la familia en Inglaterra es la educación de los hijos. Para el señor Dahl, el sistema educativo inglés era el mejor del mundo y por ello sus hijos debían ser criados y educados allí. Su madre nunca puso esta consideración en tela de juicio y siguió las indicaciones de su esposo en materia de educación. De hecho, tras realizar sus primeros estudios en Llandaff Cathedral School (1923-1925), en el pueblo galés donde reside la familia, el joven Dahl es enviado interno a un colegio inglés en el condado de Somerset, St. Peter's (1925-1929), y finalmente concluye su educación Secundaria en Derby, en el colegio Repton (1929-1936). Así defendía Harald Dahl la calidad de la educación inglesa:

«Su marido había declarado siempre con la mayor solemnidad que deseaba que todos sus hijos fuesen educados en escuelas inglesas. Eran las mejores del mundo, solía decir. Mejores, con mucho, que las noruegas. Mejores incluso que las galesas, pese a que él viviera en Gales y tuviese sus negocios allí. Sostenía que en la enseñanza inglesa había algo de mágico y que la educación que proporcionaba era causa de que los habitantes de una isla pequeña se hubiesen convertido en una gran nación y un gran imperio y hubieran producido la más grande literatura del mundo. "Ningún hijo mío —decía siempre— irá a la escuela en ninguna parte que no sea Inglaterra." Y mi madre estaba resuelta a que los deseos de su difunto esposo se cumplieren.»

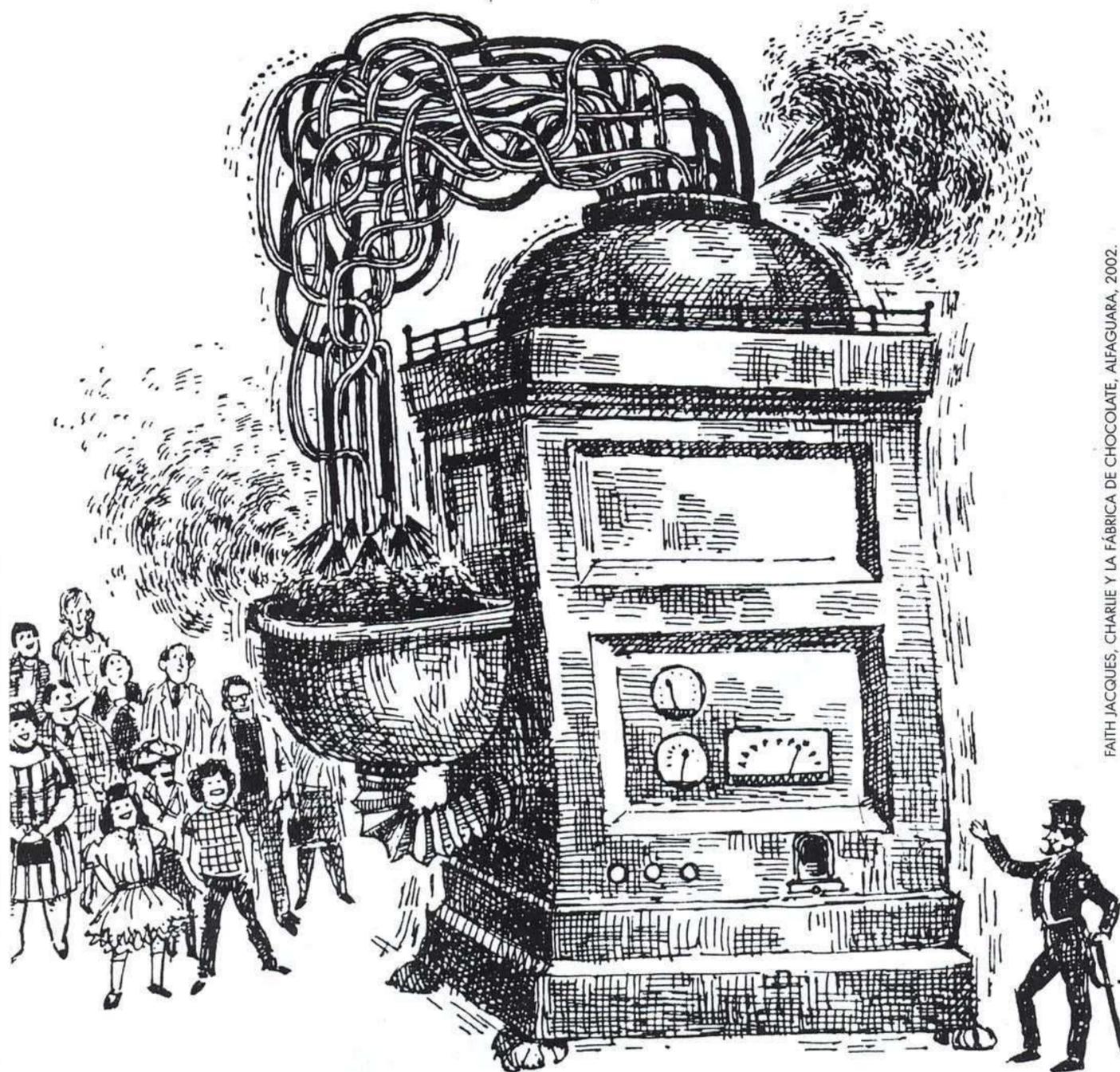
Tal decisión afectaba de forma directa no sólo a la educación, sino también al

futuro de sus hijos. Tanto habrá sido así que en *Las brujas* el joven protagonista, tras quedar huérfano de padre y madre, se ve obligado a dejar Noruega y volver a Inglaterra en compañía de su abuela. Para ambos, la vida en el país nórdico parecía más cómoda y fácil de llevar, sin embargo el deseo de los padres fallecidos y la importancia de la educación del joven los hace trasladarse, y queda así justificada la decisión incluso en la ficción. A algunos lectores adultos puede sorprender el hecho de que un relato infantil tenga su punto de partida en la muerte de unos padres y la inusual situación familiar del huérfano a cargo de su anciana abuela; este planteamiento

inicial del relato podemos explicarlo como muestra de la admiración de Dahl por Dickens y sus huérfanos: en *Matilda*, el primer libro que lee la joven protagonista es *Great Expectations* (*Grandes esperanzas*). Sin dejar de reconocer una huella dickensiana en *Las brujas*, debemos recordar que Dahl es un fiel observador del mundo que le rodea; de su entorno toma contenidos e imágenes, incluso el lenguaje. La de sus relatos es una realidad próxima al lector, extrapolable a cualquier época o lugar, y precisamente por este realismo sus historias en algunos momentos pueden llegar a ser absurdas, extremadamente divertidas o incluso dramáticas. Es más, «... Dahl



QUENTIN BLAKE, LAS BRUJAS, ALFAGUARA, 2002.



FAITH JACQUES, CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE, ALFAGUARA, 2002.

se dirige directamente al joven lector y no admite dualidad en sus obras. Este efecto lo logra usando giros y expresiones propias de niños y adolescentes, llevando a extremos el recurso del narrador oral (simulando repeticiones y cortes en el relato característicos de una comunicación oral real) y presentando temas en ocasiones considerados macabros o de mal gusto por los adultos». <sup>4</sup> Así se narran los últimos deseos de los padres fallecidos en *Las brujas*:

«— [...] Me pide que cuide de ti mientras viva, pero también me pide que te lleve a tu propia casa en Inglaterra. Quiere que nos quedemos a vivir allí.»

— [...] Además, el testamento decía que aunque toda tu familia es noruega, tú has naci-

do en Inglaterra y has empezado a educarte allí y él quiere que sigas yendo a colegios ingleses.

— [...] El testamento dice que tu madre opinaba lo mismo, y es importante respetar la voluntad de los padres.»

Para completar la biografía familiar de Dahl es necesario mencionar la figura de la abuela materna; en *Boy* son pocas las referencias encontradas, tan sólo algunas a la casa familiar donde todos pasaban las vacaciones y la siguiente descripción física de la anciana:

«Ya la primera vez que la vi la *bestemama* era una señora viejísima. Lo mismo que un pajarito de cara arrugada y cabello blanco que parecía pasarse todo el tiempo sentada en su mecedora, meciéndose y sonriendo benévola

ante aquella inmensa irrupción de nietos que llegaban desde muchas leguas de distancia a tomar posesión de su casa durante unas horas cada año.»

Sin embargo, en *Las brujas*, la abuela crece hasta convertirse en protagonista de esta historia de brujas; ahora, se trata de una mujer sabia, fumadora y activa que protegerá y acompañará a su nieto-ratón en sus aventuras hasta el fin de sus días. Como se aprecia tanto en éste como en muchos de sus relatos infantiles, «... su tema preferido es el niño inteligente e imaginativo, oprimido por los adultos, que decide transgredir la norma y obtiene como recompensa una vida llena de emociones y aventuras». <sup>5</sup> En este caso el niño comparte aventuras con su anciana abuela pese a ser un adulto y eso es porque «... el único adulto capaz de comprender al niño-genio es aquel que por un motivo u otro —la edad y la sabiduría de la anciana...— permanece al margen de la vulgaridad de sus colegas de generación». <sup>6</sup> El aspecto de esta abuela de ficción es muy similar al descrito anteriormente:

«Mi abuela era terriblemente vieja, estaba muy arrugada y tenía un cuerpo enorme, envuelto en encaje gris. Estaba allí sentada, majestuosa, llenando cada centímetro de su sillón.»

De sus recuerdos de niño, Dahl no olvida el accidente de tráfico sufrido cuando la familia prueba su primer coche con la hermana mayor al volante. A causa de la falta de experiencia de la recién estrenada conductora y de la gran velocidad a la que circulaban (¡56 km por hora!), el coche derrapa, sale de la vía y acaba chocando contra un seto. Como consecuencia, algunos de sus hermanos salen disparados hacia delante, otros hacia atrás, pero sin duda él es el que sale peor parado y casi pierde la nariz. Así describe el accidente y sus consecuencias:

«Las ruedas traseras se quedaron clavadas e hicieron patinar el coche bruscamente de lado, y entonces, con un formidable crujir de guardabarros y metal, fuimos a estrellarnos y empotrarnos contra el seto. Los pasajeros de delante salieron todos lanzados a través del parabrisas frontal y los demás atravesamos de cabeza el parabrisas trasero. El vidrio (no había en aquel entonces triplez irrompible) voló en todas direcciones, igual que nosotros. Mi hermano y una de mis hermanas fueron a aterrizar sobre la capota del coche, otro fue catapultado en medio de la carretera y por lo menos una de las hermanas pequeñas fue a caer entre los espinos del

seto. Pero milagrosamente nadie resultó herido de consideración, salvo yo mismo. Al atravesar el parabrisas trasero, el cristal me había rebanado la nariz arrancándomela casi del todo, de tal forma que me colgaba sólo de un leve hilillo de piel.»

Este episodio familiar es utilizado en la ficción con algunos cambios. En *Las brujas* aparece un accidente de tráfico similar al ocurrido al joven Dahl: la fecha se corresponde con las vacaciones de Navidad, el lugar es Noruega, y la única diferencia radica en el resultado del accidente. Aquí, y por necesidades de la trama, el protagonista resulta ileso mientras que ambos padres mueren:

«Poco después de que yo cumpliera los siete años, mis padres me llevaron, como siempre, a pasar las Navidades con mi abuela en Noruega. Y allí fue donde, yendo mi padre, mi madre y yo por una carretera al norte de Oslo, con tiempo helado, nuestro coche patinó y cayó dando vueltas por un barranco rocoso. Mis padres se mataron. Yo iba bien sujeto en el asiento de atrás y sólo recibí un corte en la frente.»

### Vivencias comunes a todos los niños

Dahl no sólo utiliza recuerdos trágicos como el anterior sino que también, y

en mayor número, incluye vivencias infantiles comunes a cualquier época y lugar. Una de las actividades favoritas de cualquier niño es la visita a la tienda de golosinas y la consiguiente degustación de los diferentes sabores y texturas que allí se venden en forma de caramelos, chicles o similares. Hacia 1923, el pequeño Dahl residía en la localidad de Llandaff; allí se encontraba la tienda de golosinas de la señora Pratchett, lugar donde se detenían todos los niños camino de la escuela a admirar y comprar los más variados productos. En sus descripciones del lugar, el autor parece volver a la infancia e ilusionarse ante lo que admira desde el escaparate:

«En este camino de ida y vuelta pasábamos siempre por delante de la confitería. Aunque lo que se dice pasar, nunca pasábamos: nos deteníamos invariablemente. Nos demorábamos ante su pequeño escaparate comiéndonos con los ojos los grandes tarros de cristal llenos de bolas de caramelo, los adoquines de dulce pintados con rayas oscuras y claras, los bombones de fresa y los escarchados de menta, y los confites ácidos, de pera, de limón, y todo lo demás... A cada uno de nosotros nos daban en casa una asignación semanal de seis peniques, y tan pronto como nos veíamos con dinero en el bolsillo acudíamos en tropel a comprar un penique de esto y de lo otro.

«Allá por 1923 la confitería de Llandaff era el auténtico centro de nuestras vidas. Para nosotros significaba lo que una taberna para un

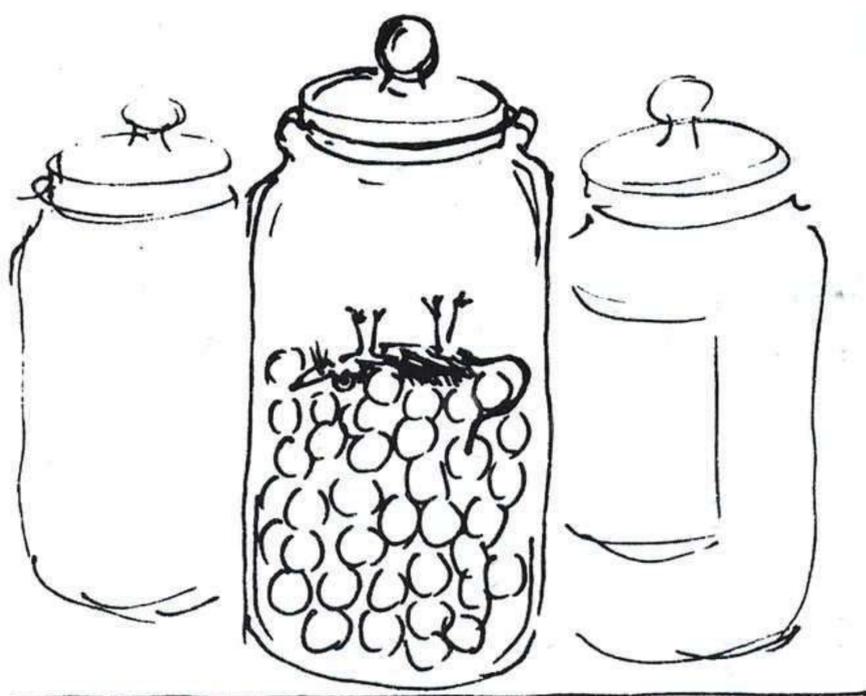
borracho o lo que una iglesia para un obispo. Sin ella no habríamos tenido demasiadas razones para vivir. Pero tenía un inconveniente espantoso aquella confitería. Su propietaria era una mujer horrible. Nosotros la odiábamos, y no nos faltaban razones para ello.»

Tan evidente es esta vuelta a los mejores momentos de su infancia que dedica casi tres páginas en *Boy* a la descripción de los sabores, formas, precios y características de sus golosinas favoritas: tiras de regaliz, caramelos, pastillas mentoladas, piruletas, etc. He aquí una muestra de lo que se podía encontrar en aquella tienda:

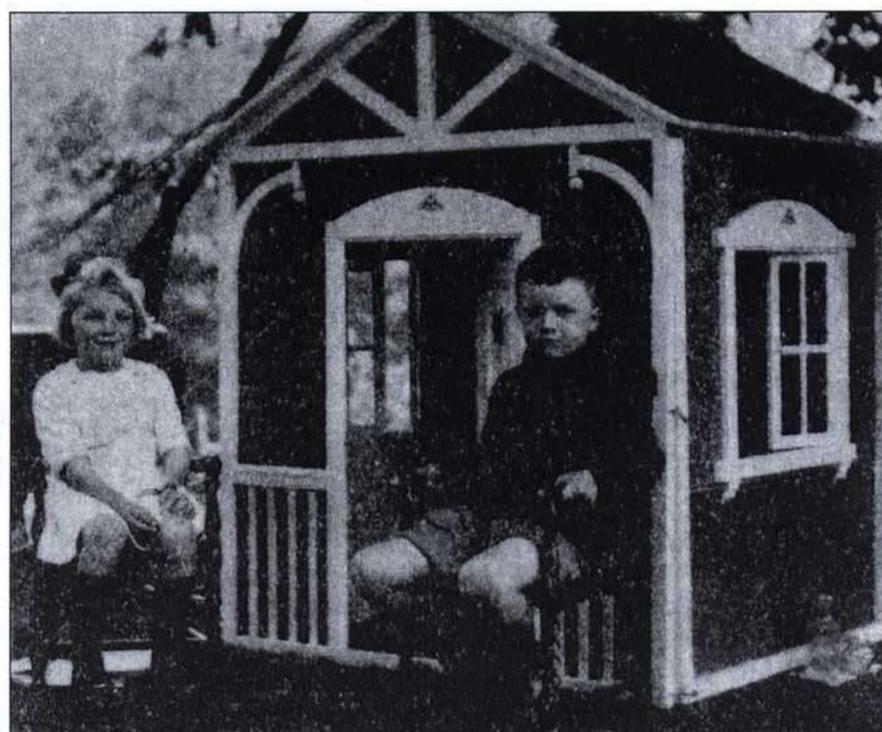
«Si no habéis disfrutado nunca el placer de tener uno en las manos, conviene que sepáis que el cordón de regaliz no es redondo. Es como una cintilla negra, plana, de medio dedo de ancho. Se compra todo enrollado, y por aquel entonces solía ser tan largo que cuando se desenrollaba y se sostenía una punta con el brazo estirado sobre la cabeza, la otra punta tocaba al suelo.

Los sorbetes valían también dos un penique. Consistían en un canuto de cartón amarillo lleno de polvo de gaseosa que se sorbía por medio de una pajita adjunta hecha de regaliz.

Los inflamofletes, que costaban un penique cada uno, eran unas bolas enormes y duras del tamaño de un tomate pequeño. Un inflamoflete proporcionaba una hora cumplida de chupar y chupar sin parar, y si te lo sacabas de la boca y lo examinabas cada cinco minutos o así, te encontrabas con que había cambiado de color.



QUENTIN BLAKE, *BOY*, ALFAGUARA, 1991.



Otra imagen de la infancia de Roald Dahl, que se quedó huérfano de padre a los 3 años,

«Los confites de pera eran emocionantes porque tenían un sabor peligroso. Oían a esmalte de uñas y helaban el fondo de la garganta.»

Por mucho que Dahl y sus amigos admirasen las golosinas, había algo que se interponía entre ellos y sus deseos: la señora Pratchett, desagradable propietaria de la tienda de Landaff a la que los niños acusan de mal carácter, falta de higiene —lo demuestran las manchas grasientas en su ropa y el hecho de que coja las golosinas con las manos sucias—, y poca generosidad con sus pequeños clientes. Tanto era el odio que esta señora despertaba en los niños que cuando se presenta la oportunidad, Dahl maquina un plan infalible para darle su merecido: introducir un ratón muerto en uno de los botes de golosinas. Así de orgulloso se confiesa autor de esta hazaña:

«Cuando se escribe acerca de uno mismo hay que hacer un esfuerzo por decir la verdad cabal. La verdad es más importante que la modestia. Debo decir, pues, que fui yo y sólo yo quien tuvo la idea del formidable y osado complot del ratón. Todos tenemos nuestros momentos de brillantez y de gloria y aquél fue el mío.»

—¿Por qué no lo echamos en uno de los tarros de caramelos de la señora Pratchett —propuse—. Luego, cuando meta en él su mano cochina para coger un puñado, cogerá un ratón muerto que apesta de lo mal que huele.»

Como consecuencia de esta travesura infantil, y cuando todo se descubre, el joven Dahl recibe como castigo varios azotes de mano del director de su colegio, el señor Coombes, después de lo cual su madre decide enviarlo a un colegio inglés, donde seguramente los profesores no castigan físicamente a sus alumnos...

Por otra parte, ésta no es la única referencia al mundo de los roedores que encontramos en las andanzas infantiles de Dahl. De mano de uno de sus compañeros conocemos la increíble historia que un padre-médico cuenta a su hijo para evitar que éste coma regaliz, argumentando que esas deliciosas golosinas se fabrican con la sangre de los ratones. La imaginación del padre va aún más allá cuando describe la enfermedad que ataca a todos los comedores de este pernicioso regaliz; se trata de la llamada «ratitis», mal que castiga a los niños afectados con dientes y colas de ratón:

«Uno de los otros chicos, que se llamaba Thwaites, me dijo que no debía comer nunca cordones de regaliz. El padre de Thwaites, que era médico, había dicho que estaban hechos de sangre de ratas. El doctor había dado a su hijito una conferencia sobre los cordones de regaliz al sorprenderle comiéndose uno en la cama.»

—Los cazadores de ratas —había dicho el padre— llevan sus ratas a la Fábrica de Cordones de Regaliz, y el gerente les paga dos peniques por pieza. Muchos cazadores de ratas se han hecho millonarios vendiendo sus ratas muertas a la fábrica.»

«—¿Qué es ratitis, papá? — había preguntado el pequeño Thwaites.»

—Todas las ratas que cazan los cazadores de ratas están envenenadas con matarratas — había dicho el padre—. Es el matarratas lo que te produce ratitis.»

—Sí, pero ¿qué le pasa a uno cuando la coge? — había inquirido el pequeño Thwaites.»

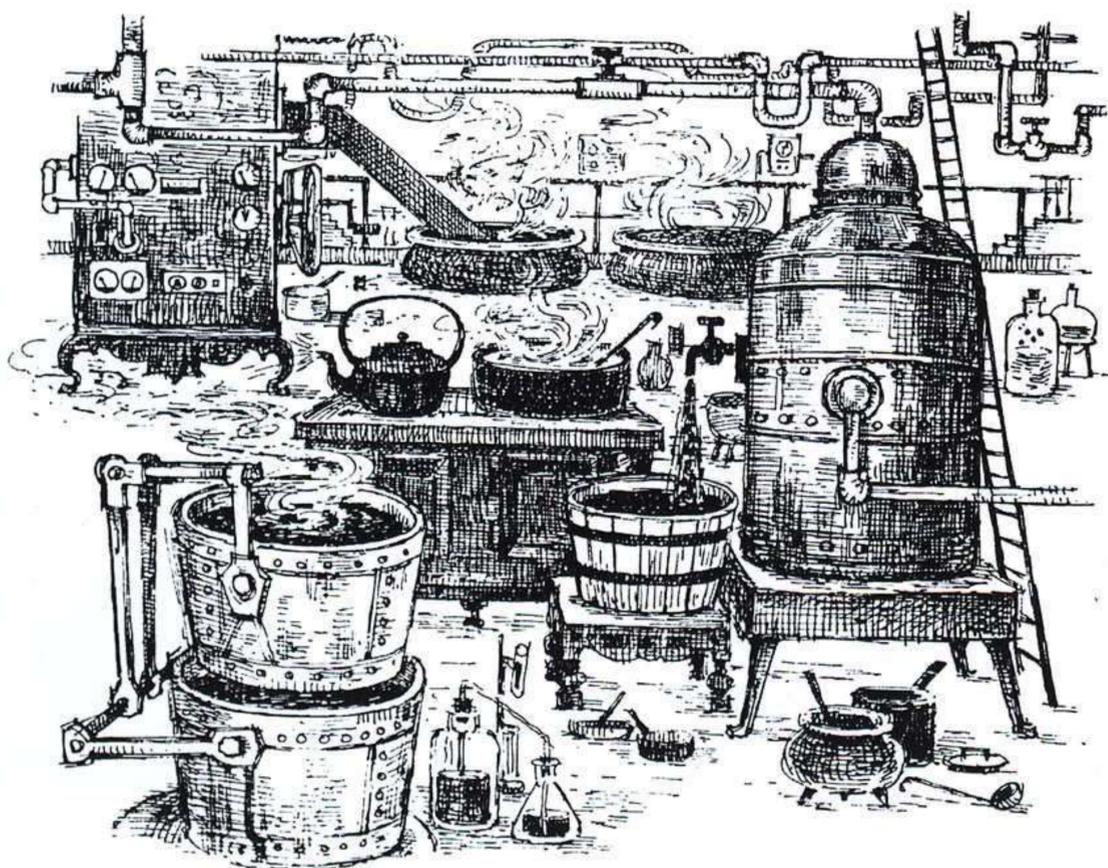
—Que se te ponen los dientes muy afilados y puntiagudos —había respondió el padre—. Y en la espalda, un poquitín más arriba del culo, te crece una cola corta y mocha. La ratitis no tiene cura. Lo sé muy bien. Por algo soy médico.»

Efectos similares a esta imaginaria ratitis son los que produce la pócima llamada «Ratonizador de Acción Retardada» de la Gran Bruja en *Las brujas*, ya que el niño que tome una dosis de esta pócima infalible se convertirá en ratón a

las nueve de la mañana del día siguiente ante el estupor de sus compañeros de clase y de su profesor o profesora. Con esta intensidad describe la Gran Bruja los efectos de su invento:

«—¡Empieza a hacer efecto a las nueve en punto, cuando el niño está llegando al colegio! —gritó la Gran Bruja triunfante—. El niño llega al colegio, el Rratonisor de Acción Rretardada inmediatamente empieza a hacerr efecto rápidamente. El niño comienza a encogerse. Comienza a salirle pelo porr el cuerpo. Comienza a crecerle un rrabo. Todo esto sucede en veintiséis segundos exactamente. Después de veintiséis segundos, el niño ya no es niño. ¡Es un rratón!»

Este fragmento, al igual que otros muchos de *Las brujas*, puede ser considerado como de muy mal gusto para el público infantil, y no sólo por la detallada descripción de los efectos de la pócima, sino porque incita a no asistir a clase, ya que esos niños-ratones encuentran su fin a manos de los propios maestros de la escuela. Sin duda es ésta «... una deliciosa y caricaturesca novela amoral, políticamente incorrecta, por la apología que hace de la suciedad, el tabaquismo y la mentira, y que adolece de un desenlace inquietante y en ningún caso feliz».<sup>6</sup>



FAITH JACQUES, CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE, ALFAGUARA, 2002.

## Un sueño infantil: las golosinas

El maravilloso mundo de las golosinas, sus formas, sabores y todo el misterio que pueden encerrar para la mente del niño tienen su correspondiente mundo de ficción en la fábrica de chocolate del señor Wonka. En *Charlie y la fábrica de chocolate* (*Charlie and the Chocolate Factory*), el mundo de la tienda de golosinas se amplía y magnifica en una misteriosa fábrica donde se producen los mejores chocolates junto a toda clase de golosinas fantásticas, al igual que hiciera el joven Dahl frente a la tienda, Charlie se detiene a contemplar esta fábrica tan próxima a su casa:

«¡En la propia ciudad, a la vista de la casa en la que vivía Charlie, había una ENORME FÁBRICA DE CHOCOLATE!

¿Os lo imagináis?

Y no era tampoco simplemente una enorme fábrica de chocolate. ¡Era la más grande y famosa del mundo entero. Era la FABRICA WONKA, cuyo propietario era un hombre llamado Willy Wonka, el mayor inventor y fabricante de chocolate que ha existido. ¡Y qué magnífico, qué maravilloso lugar era éste!...

Dos veces al día, al ir y venir a la escuela, el pequeño Charlie Bucket pasaba justamente por delante de las puertas de la fábrica. Y cada vez que lo hacía empezaba a caminar muy, muy lentamente, manteniendo la nariz elevada en el aire, y aspiraba largas y profundas bocanadas del maravilloso olor a chocolate que le rodeaba.»

Charlie comparte características con otros jóvenes protagonistas de Dahl, recordemos que «... los niños favoritos del escritor británico son seres oscuros y atormentados, atrapados entre sus abrumadoras ganas de vivir y todas las circunstancias (siempre relacionadas con el mundo adulto) que se lo impiden». <sup>7</sup> En este relato, Charlie y su familia viven una situación difícil por la escasez económica, el hambre y el frío, circunstancias de la que escapará para vivir la gran aventura de su vida, y al igual que Luke en *Las brujas*, lo hará en compañía de un intrépido abuelo. El misterioso señor Wonka hará realidad los más increíbles deseos de Charlie y de los niños creando golosinas imposibles de imaginar, como lograr un sabor a violetas, caramelos que cambian de color, chicles con los que inflar globos gigantes o los caramelos-huevo de los que nacen diminutos pájaros. He aquí la exposición de tales maravillas:



QUENTIN BLAKE, LAS BRUJAS, ALFAGUARA, 2002.

«—[...] el señor Willy Wonka puede hacer caramelos que saben a violetas, y caramelos que cambian de color cada diez segundos a medida que se van chupando, y pequeños dulces ligeros como una pluma que se derriten deliciosamente en el momento en que te los pones los labios. Puede hacer chicle que no pierde nunca su sabor, y globos de caramelo que puedes hinchar hasta hacerlos enormes antes de reventarlos con un alfiler y comértelos. Y, con una receta más secreta aún, puede confeccionar hermosos huevos de azulejos con manchas negras, y cuando te pones uno de ellos en la boca, éste se hace cada vez más pequeño hasta que de pronto no queda nada de él excepto un minúsculo pajarillo de azúcar posado en la punta de tu lengua.»

La invención de esta fábrica de chocolate no sólo debe su existencia a la magnificación de las tiendas de golosinas, sino que más bien responde a una de las experiencias más dulces del joven Dahl, el envío gratuito de chocolates que

la fábrica Cadbury hacía a muchos jóvenes estudiantes para conocer sus gustos y la aceptación de sus productos. En cada envío se incluían doce chocolatinas y varias hojas de papel en las que puntuar el chocolate e indicar la impresión del consumidor ante el producto. Así describe Dahl este intercambio entre Cadbury y los estudiantes de su colegio en *Boy*:

«De cuando en cuando, a cada alumno de nuestro colegio se le servía una sencilla caja de cartón de color gris, que era, lo creáis o no, un obsequio de Cadbury, la gran fábrica de chocolates. Dentro de la caja había doce chocolatinas, todas de formas distintas, todas de diferente composición y todas con números del uno al doce marcados debajo. Once de estas chocolatinas eran invenciones nuevas de la fábrica. La duodécima era la de "control", que ya todos conocíamos, generalmente la de Crema de Café patentada por Cadbury. También venía en la caja una hoja de papel con los números del uno al doce y dos columnas en



QUENTIN BLAKE, LAS BRUJAS, ALFAGUARA, 2002.

blanco, una para que pusiéramos puntos a cada chocolate del cero al diez y otra para observaciones.

Lo único que se nos pedía a cambio de este espléndido regalo era que probáramos muy cuidadosamente cada chocolatina, le pusiéramos la nota e hiciéramos un comentario razonable explicando por qué nos gustaba o no nos gustaba.»

La variedad de productos, sabores y texturas de los chocolates degustados para Cadbury lleva a la mente inquieta de Dahl a imaginar la existencia de laboratorios y personal dedicados a la experimentación. Así imaginaba el autor estas salas:

«Para mí la importancia de todo esto consistió en que empecé a darme cuenta de que las grandes empresas chocolateras disponían realmente de departamentos de invención y se tomaban muy en serio sus innovaciones. Solía imaginarme una sala larga y blanca, como un laboratorio, con marmitas de chocolate y dulce de cacao y caramelo, y toda clase de relle-

nos exquisitos hirviendo sobre los hornillos, en tanto que hombres y mujeres con batas blancas se afanaban entre las bullentes marmitas, catando y mezclando y combinando sus maravillosas invenciones.»

Aquella primera visión de los laboratorios de chocolates y golosinas da lugar a la literaria «Inventing Room» del señor Wonka, el lugar donde se experimenta y se crean no sólo sabores sino también sensaciones y experiencias difíciles de imaginar fuera de estas páginas de Dahl. De hecho, la descripción de la sala y lo que en ella ocurre ocupa un capítulo en sí mismo. De este capítulo tomamos la siguiente referencia:

«Charlie Bucket examinó la gigantesca habitación en la que ahora se encontraba. ¡Parecía la cocina de una bruja! A su alrededor había negras cacerolas de metal y burbujeando sobre enormes fogones, y peroles friendo y ellas cociendo, y extrañas máquinas de hierro

repicando y salpicando, y había tuberías a lo largo del techo y de las paredes, y toda la habitación estaba llena de humo y de vapor y de deliciosos aromas.

El propio señor Wonka se había puesto de repente más excitado que de costumbre, y cualquiera podía ver fácilmente que ésta era su habitación favorita.»

Estas experiencias y recuerdos revividos tantas veces por el que fue un joven inquieto e imaginativo fueron utilizados muchos años después por un autor ya maduro en busca de material fresco y sorprendente con el que construir sus relatos para niños, como bien reconoce el autor en las páginas finales de *Boy*:

«Eran deliciosos aquellos sueños, y no me cabe la menor duda de que, treinta y cinco años después, buscando yo argumento para mi segundo libro destinado a los niños, recordé aquellas cajitas de cartón y las chocolatinas recién inventadas que contenían, y comencé a escribir un libro titulado *Charlie y la fábrica de chocolate*.» ■

\*Blasina Cantizano Márquez es profesora en el Departamento de Filología Inglesa y Alemana de la Universidad de Almería.

#### Notas

1. Carranza, Maite, «La maldición de las brujas. La lucha del bien contra el mal» en *CLIJ* 74, 1995, pp. 59-61
2. Cancellas y Ouviaña, Lucía Pilar, «Carroll versus Dahl: dos concepciones del humor» en *CLIJ* 97, 1997, pp. 19-27.
3. *Ibidem* nota 1, p.60.
4. Fernández López, Marisa, *Traducción y literatura juvenil: narrativa anglosajona contemporánea en España*, León: Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 1996.
5. *Ibidem* nota 2, p. 23.
6. *Ibidem* nota 1, p. 60.
7. Sánchez, Sergi, «Matilda, ciencia y literatura» en *CLIJ* 91, 1997, pp. 44-49.

## Bibliografía de Roald Dahl mencionada

- Boy*, Madrid: Alfaguara, 1987 y 1991.  
*Charlie y la fábrica de chocolate*, Madrid: Alfaguara, 1978 y 2002.  
*Las brujas*, Madrid: Alfaguara, 1985 y 2002.